

La participación del padre en las tareas de crianza y cuidado de sus hijos e hijas

Susana MENÉNDEZ ÁLVAREZ-DARDET

Universidad de Huelva

M^a. Victoria HIDALGO GARCÍA

Universidad de Sevilla

Resumen

A pesar de la creciente tendencia a la igualdad entre hombres y mujeres en nuestra cultura, continúan existiendo ámbitos, como el intrafamiliar, en los que prima una división asimétrica de tareas y responsabilidades. En este trabajo resumimos algunos datos que ilustran la diferencia anterior, referidos a cómo padres y madres distribuyen de forma desigual el cuidado de los hijos e hijas, e igualmente describimos los resultados de un estudio sobre esta temática realizado en nuestro entorno más cercano. Aunque la distribución desigual de las tareas relacionadas con el cuidado de los hijos e hijas parece una realidad fuera de toda duda, tanto los datos presentes en la literatura como los nuestros indican que la tendencia anterior muestra una importante variabilidad, ligada especialmente a características propias del contexto familiar, como el hecho de que la mujer trabaje o no fuera del hogar.

Palabras clave: implicación paterna, paternidad, cuidado y crianza infantil, madres trabajadoras.

Abstract

In spite of the growing tendency to equality between men and women in our culture, there are still some contexts, such as the family, in which a typical and asymmetric division of tasks and responsibilities is still predominant. We resume in this article the way in which child rearing tasks are unequally distributed in homes and describe our own results in relation to this topic. Although an unequal distribution of tasks related to the care of children is beyond doubt, both data in the relevant literature and from our own study show that this tendency has a great degree of variability, related to characteristics of the family context, such as the mother working out of the home.

Key words: father involvement, parenthood, child rearing, working mothers.

La investigación que se describe en este trabajo se realizó en el marco del convenio firmado entre el Servicio Andaluz de Salud de la Junta de Andalucía y el grupo de investigación *Procesos de desarrollo y educación en contextos familiares y escolares*, dirigido por Jesús Palacios.

Dirección de las autoras: Susana Menéndez. Departamento de Psicología. Facultad de Ciencias de la Educación. Universidad de Huelva. Avda. de las Fuerzas Armadas s/n. 21007 Huelva. E-mail: menendez@uhu.es

M^a Victoria Hidalgo. Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación. Facultad de Psicología. Avda. San Francisco Javier s/n. 41005 Sevilla. E-mail: victoria@cica.es

Ante la llegada de un hijo o hija hombres y mujeres deben hacer frente a nuevas demandas y responsabilidades, entre ellas organizar y distribuir de alguna forma las tareas de crianza y cuidado del bebé. Aunque en este sentido existen importantes diferencias entre unas sociedades y otras, en la mayoría de los grupos de nuestro contexto cultural este tipo de responsabilidad es asumida, mayoritariamente o bien de forma exclusiva, por las madres. Durante años este fenómeno se sostenía sobre creencias de diverso tipo, las cuales básicamente venían a defender que las mujeres estaban biológica o genéticamente preparadas para ocuparse de los más pequeños: cambios hormonales durante el embarazo y tras dar a luz que activaban el "instinto maternal", su papel de alimentadoras exclusivas durante la lactancia, etc. Desde esta óptica, el papel del progenitor varón quedaba relegado a aportar el sustento económico familiar, a funcionar como figura disciplinar y como modelo de masculinidad para niños y niñas (especialmente para los primeros) y, a lo sumo, a compartir con la madre la toma de ciertas decisiones relativas a la educación infantil.

No obstante, y como acertadamente sostiene Lamb (Lamb, Pleck, Charnov y Levine, 1987), los razonamientos anteriores intentaban enmascarar y justificar prejuicios sociales. Por lo que hoy sabemos, el comportamiento paterno y materno responden más bien a influencias de corte sociocultural y educativo, de forma que argumentos como los descritos no se sostienen desde un punto de vista empírico. Salvo obvias diferencias fisiológicas (capacidad para el embarazo y lactancia), no existen datos que apoyen una predisposición o preorientación exclusivamente femenina para el cuidado y la crianza infantil (Schaffer, 1996). De hecho, cuando los padres asumen un papel más activo en la

crianza y la educación de sus hijos/as, o cuando funcionan por diversas razones como sus cuidadores principales, muestran ser tan capaces como las madres de desempeñar estas tareas de forma competente y eficaz (Radin, 1994; Risman, 1986).

A pesar de la tendencia a un reparto desigual dentro de los hogares, parece que las últimas décadas han contemplado importantes cambios en este sentido como resultado de la progresiva liberalización de la mujer y la consiguiente tendencia hacia la igualdad entre ambos géneros a diferentes niveles. Así, en un plano ideológico resulta cada vez más generalizado defender que la opción más justa y sensata pasa por una distribución equitativa de las tareas domésticas y de cuidado infantil. Estudios sociológicos realizados hace pocos años en nuestro país (CIS, 1990, cit. en Alberdi, 1995 y en Iglesias de Ussel, 1994), reflejan que aproximadamente tres de cada cuatro sujetos encuestados consideraba que el modelo ideal o más deseable de familia incluía a ambos cónyuges trabajando fuera del hogar y repartiendo de forma equitativa las tareas domésticas y de cuidado infantil, e idénticos resultados se desprenden de estudios realizados en otros países (Rustia y Abbott, 1993).

No obstante, los datos disponibles en la literatura indican que estos cambios se dejan sentir más en el plano ideológico que en el práctico, de suerte que la evolución escrita parece, en cuanto a actitudes e ideas, ir por delante de la concreción en comportamientos reales. Así la investigación nos muestra que, hoy por hoy, el cuidado y la crianza de los más pequeños sigue siendo en gran medida "cosa de mujeres". A lo largo de estas páginas queremos resumir y reflejar los resultados de algunos de estos estudios y, paralelamente, describir los datos que nosotras

mismas hemos obtenido en el contexto de nuestra propia investigación, organizando esta exposición en torno a varios ejes complementarios. En primer lugar expondremos datos acerca de los niveles medios de implicación paterna para, en un segundo apartado, centrarnos en el tipo de tareas que con mayor frecuencia asume cada progenitor. En tercer lugar nos detendremos en uno de los índices que mayor peso parece tener a la hora de explicar la variabilidad en los grados de participación paterna en el cuidado de sus hijos e hijas: el estatus laboral de las madres.

La implicación del padre en el cuidado infantil

Los estudios que evalúan el grado de participación del padre en las tareas de crianza y educación muestran sin excepción que, por término medio, esta responsabilidad recae principalmente en las madres. Según la estimación de Carrascosa (1991, cit. en Bustelo, 1992) el cuidado de los hijos e hijas, junto a algunas tareas domésticas (en concreto la alimentación y la limpieza), son las actividades que más tiempo y dedicación demandan en los hogares, concretamente un 83% según sus cálculos, porcentaje que se distribuye de forma claramente desigual entre padres y madres (17,8% y 66,2% respectivamente). Sólo en uno de cada diez hogares ambos progenitores comparten de forma equitativa el cuidado infantil: en el 84% de los hogares españoles es la mujer, en solitario, la que se ocupa y responsabiliza de estas tareas, mientras que en algo más del 9% prima la distribución compartida y sólo en un 1,9% de las familias son actividades realizadas fundamentalmente por los hombres (Instituto de la Mujer, 1990). De nuevo el perfil en otros países es muy parecido al detectado en nuestro contexto más inme-

diato. Así Bailey (1995), evaluando lo anterior en el caso de familias con hijos/as de corta edad, encuentra que el 80% del cuidado físico es aportado exclusiva o fundamentalmente por las madres, y similares resultados se desprenden de todas las investigaciones realizadas (Cowan y Cowan, 1992; Ishii-Kuntz y Coltrane, 1992; Nugent, 1991, por citar sólo algunas).

Nuestros propios datos no suponen, ciertamente, una excepción a la regla que acabamos de describir. En el contexto más amplio de una investigación longitudinal centrada en el proceso de transición a la maternidad y la paternidad (Hidalgo, 1996), llevamos a cabo el seguimiento de 55 familias desde el comienzo del embarazo hasta el final del primer año de vida de los bebés. En este proceso de transición vivido por las familias, uno de los aspectos que más nos interesaba explorar era precisamente cómo organizaban estos nuevos padres y madres el cuidado y la crianza infantil. Para cubrir este objetivo, durante la tercera fase del estudio (consistente en una visita al hogar cuando los bebés tenían aproximadamente un año), padre y madres completaron, por separado, una amplia entrevista que incluía, entre otros materiales, un instrumento diseñado por el equipo de Belsky (Volling y Belsky, 1991), en el cual se pide a los sujetos que informen acerca de cómo se distribuyen cotidianamente en su hogar distintas tareas de crianza y cuidado del bebé (bañarlo, dormirlo, darle de comer, calmarlo, etc.), de forma que en cada caso las posibilidades oscilan entre 1 (siempre el padre) y 7 (siempre la madre). La suma de lo anterior permite obtener una puntuación final, con un máximo de 49 y un mínimo de 7, que indica el grado de participación del padre en el cuidado del hijo/a, puntuación que indica una mayor implicación paterna conforme menor sea el valor final obtenido.

Los resultados obtenidos en nuestro estudio arrojan una media que se sitúa en 37,29, es decir, 9 puntos por encima del valor que representa un reparto equitativo y 12 puntos por debajo de la distribución exclusivamente materna. Tal y como queda reflejado en la figura 1, estos resultados nos hablan de un reparto de tareas en las fami-

lias que componían la muestra que, como era esperable, refleja una escasa participación del padre: de hecho, sólo en un 6,3% de los hogares encontramos una distribución representada por valores inferiores o iguales a 28, dato que, como ya comentamos, ilustraría el reparto totalmente equitativo.

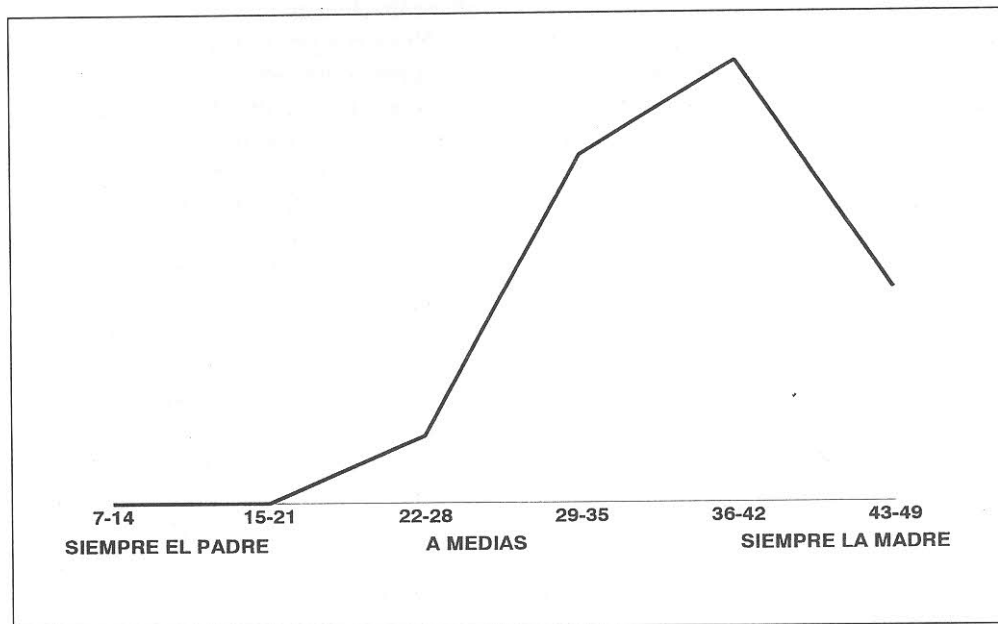


Figura 1. Distribución muestral de los datos sobre el reparto de tareas relacionadas con el cuidado del bebé.

En suma los datos descritos muestran que, tanto en nuestro contexto más cercano como en otros grupos sociales de contextos culturalmente no muy diferentes al nuestro, los grados medios de participación paterna resultan bastante escasos aunque no completamente nulos. Junto a lo anterior, muchas investigaciones se han interesado además por explorar cómo se concreta esto en cuanto a ejecución de tareas específicas, tratando de evaluar cómo se distribuyen en cada hogar diferentes actividades de crianza

de los más pequeños. Veamos cuáles son los resultados al respecto.

La especialización de tareas

Si nos centramos en el tipo o tipos de tareas a las que padres y madres suelen dedicarse, de nuevo los datos disponibles resultan bastante claros. Así, un resultado que aparece sistemáticamente en la literatura tiene que ver con que la única actividad en la que la participación del padre resulta más

destacable (o menos simbólica) es el juego (Bayley, 1995; Darling-Fisher y Tiedje, 1990; Instituto de la Mujer, 1990; Nugent, 1991; Russell y Russell, 1987; entre otros). No obstante, no parece que en realidad esta relevancia deba interpretarse en términos de un mayor volumen de actividades lúdicas entre padres e hijos/as en comparación con la dedicación a estas tareas por parte de las madres: lo que indican los datos es que se trata de *la única* tarea a la que la mayoría de los padres suelen dedicar cierto tiempo, mientras que en el caso de las madres el abanico de actividades diferentes es mayor, de suerte que los episodios lúdicos son sólo uno más y, por tanto, destacan menos. Así, en algunos estudios no aparecen diferencias entre el volumen de interacciones en torno al juego entre ambos progenitores (Bayley, 1995; Russell, 1997), mientras que en otros casos incluso se detecta una mayor dedicación al respecto por parte de las madres: por ejemplo, según los datos que nos ofrece el Instituto de la Mujer (1990), sólo el 19% de los padres frente al 51% de las madres juegan más de tres horas al día con sus hijos/as, y un 41% de los varones dedican a esto una hora diaria o menos.

En cuanto a las tareas de cuidado y crianza, cuando las investigaciones trabajan con bebés y niños/as pequeños suelen detectar que, dentro de su baja participación, los padres parecen dedicar relativamente algo más de esfuerzo a actividades como acostar a sus hijos e hijas o levantarse por la noche si lloran (Baruch y Barnett, 1986; Durán, 1988; Russell y Russell, 1987; Rustia y Abbott, 1993), calmarlos cuando están inquietos (Rustia y Abbott, 1993), e impartir disciplina (Bailey, 1995; Jain, Belsky y Crnic, 1996). Como bien sintetiza Durán (1988), lo que indican este tipo de resultados es que los padres tienden a cooperar funda-

mentalmente en tareas que no implican una dedicación continuada y, si los niños/as son mayores, en actividades que requieren una mayor movilidad espacial y/o una mayor representación social de la familia (como las relaciones con el colegio o las actividades extraescolares, tareas compartidas por ambos padres en un 41% y un 24% de los casos según la macroencuesta realizada por esta autora).

De nuevo, los datos obtenidos en nuestro estudio no se diferencian demasiado del perfil anterior. Como se recordará, el instrumento que utilizábamos planteaba a ambos padres quién se ocupaba cotidianamente de la realización de diversas tareas en relación con el cuidado del bebé. Los resultados obtenidos aparecen sintetizados en la tabla 1 y, como puede apreciarse, a medida que nos acercamos al polo que representa un mayor protagonismo del padre los valores disminuyen de forma notable hasta, en bastantes casos, desaparecer. Las madres de nuestra muestra se ocupaban en solitario de las actividades de cuidado físico: casi en el 60% de los hogares eran ellas solas las que solían preparar la comida de los bebés, casi en la mitad de los casos (47,5%) eran las únicas que los bañaban, y en el 42,5% de estos hogares las mujeres no contaban con la ayuda del padre para cambiar los pañales del hijo/a. Las únicas actividades que aparecieron como mayoritariamente compartidas fueron calmar al bebé cuando llora o está inquieto (53,7% de los casos) y dormirlo (42,5%).

El resumen que hasta el momento hemos venido haciendo se apoya en las tendencias centrales de los datos, es decir, refleja lo que suele ocurrir por término medio en la mayoría de los hogares. No obstante, y como suele suceder, este tipo de aproximación tiene la desventaja de enmascarar la

Tabla 1. Distribución de las tareas de cuidado del bebé (en negrita porcentajes más altos para cada tarea).

| | El padre | | A medias | La madre | |
|---------------------|----------|--------------|--------------|--------------|--------------|
| | Siempre | Casi siempre | | Casi siempre | Siempre |
| Cambiar pañales | - | 2.5% | 26.2% | 28.7% | 42.5% |
| Bañar | 8.7% | 6.2% | 18.7% | 18.7% | 47.5% |
| Dormir | 7.5% | 12.5% | 42.5% | 13.7% | 23.7% |
| Levantarse de noche | - | 1.2% | 28.7% | 35% | 35% |
| Preparar la comida | - | 2.5% | 21.5% | 17.5% | 58.7% |
| Dar de comer | - | 1.2% | 25% | 40% | 33.7% |
| Calmar cuando llora | - | 2.5% | 53.7% | 28.7% | 15% |

variabilidad interna del fenómeno que se pretenda evaluar. Así, como es lógico, en el ámbito concreto que nos ocupa hay familias en las que el reparto de tareas es aún más asimétrico, e igualmente existen hogares en los que las tareas relacionadas con el cuidado cotidiano de hijos e hijas tienden a ser compartidas en mayor o menor grado por ambos padres. La cuestión que ahora nos interesa reside en dilucidar si esta variabilidad es o no azarosa, es decir, si responde o no a la influencia de diversos factores que tiendan a ir acompañados de una mayor o menor participación del padre. En este sentido, la literatura constata que existen diversos índices que guardan relaciones significativas con el grado de implicación paterna, pero sin duda el mayor grado de variabilidad se asocia al hecho de que la mujer trabaje fuera del hogar o no lo haga.

La influencia del estatus laboral de las madres

La explicación de la importancia de este índice para el tema que nos ocupa es sencilla. Resulta evidente que el que la madre tenga un empleo extradoméstico limita en mayor o menor medida su disponibilidad como cuidadora exclusiva, de forma que en estos casos la colaboración del padre en las actividades tradicionalmente asignadas a la mujer (las tareas domésticas y el cuidado infantil) se vuelve necesaria por razones de tipo práctico y, por lo tanto, su implicación tiende a ser más elevada. Como plantean Barnett y Baruch (1987) o Lamb, Pleck y Levine (1987) también es factible que la *dirección* de la influencia sea la contraria, es decir, que las madres que trabajan fuera del hogar lo hagan porque tienen como compa-

ñero a un varón ideológicamente moderno, motivado hacia su papel de padre, y dispuesto a compartir el cuidado de los hijos/as y a implicarse en su crianza y educación de forma activa.

En cualquier caso, la práctica totalidad de los estudios encuentran que el grado de presencia del padre en las rutinas cotidianas de crianza y cuidado suele ser significativamente mayor en las familias en las que ambos progenitores trabajan (Alberdi, 1995; Baruch y Barnett, 1986; Barnett y Baruch, 1987; Bailey, 1995; Bronstein, 1988; Crouter, Perry-Jenkins, Huston y McHale, 1987; Darling-Fisher y Tiedje, 1990; Durán, 1988; Instituto de la Mujer, 1990, 1991; Menéndez y Moreno, 1995; Nugent, 1991; Volling y Belsky, 1991, entre otros). A pesar de que la influencia del estatus laboral de las madres aparece claramente en la literatura, lo cierto es que incluso en los hogares en los que ambos progenitores trabajan parece pervivir, aunque atenuada, la distribución desigual de tareas (Baruch y Barnett, 1986; Darling-Fisher y Tiedje, 1990; McBride y Mills, 1993). Así, según los resultados de Durán (1988), si la mujer tiene empleo extradoméstico el varón colabora en un 30% (no un 50%) de las actividades domésticas y de cuidado de los hijos e hijas, mientras que si la mujer se dedica en exclusiva a sus labores de ama de casa la participación del padre apenas llega al 10%, y virtualmente los mismos datos aparecen en el estudio de Bailey (1995). También se desprenden resultados similares de los informes del Instituto de la Mujer (1990), según los cuales las madres que tienen un empleo remunerado, a pesar de trabajar tanto dentro como fuera del hogar, asumen en solitario casi el 65% de las

tareas de cuidado infantil y comparten con sus parejas algo menos del 20%.

De nuevo nuestros datos apuntan en la misma dirección. Las puntuaciones medias obtenidas mediante la escala que ya describimos fueron notablemente distintas¹ en ambos tipos de hogares (ver figura 2). En concreto, en las familias en las que la madre no tenía un empleo remunerado la media se situó en 38,22, mientras que en aquellos hogares en los que ambos padres trabajaban fuera del hogar el valor alcanzado fue 34,81; las diferencias entre ambas puntuaciones fueron estadísticamente significativas ($t=-2,25$, $p=0,031$). Como se desprende de estos resultados, la participación del padre en la crianza del bebé tendió a ser mayor en el segundo tipo de hogares, aunque, y tal como señalan los datos de otras investigaciones, en estas familias continúa existiendo una distribución desigual, de hecho, la media se aleja casi 7 puntos del valor 28, que representaría el reparto equitativo, y sólo encontramos un 13,6% de hogares en los que ambos padres trabajaran con una distribución de este tipo.

Conclusiones

Entendemos que los datos expuestos confirman algo que apuntábamos al inicio de estas páginas: en las familias de nuestro contexto cultural, el cuidado y la crianza de los más pequeños sigue constituyendo un conjunto de tareas y responsabilidades que es asumido y desempeñado mayoritariamente por las mujeres. En este sentido, parece que los avances y cambios derivados de la progresiva igualdad entre hombres y mujeres, que como ya señalábamos parecen

1. Recuérdese que, para interpretar adecuadamente estas diferencias, hay que tener en cuenta que según la escala utilizada los valores más bajos reflejan una mayor participación del padre.

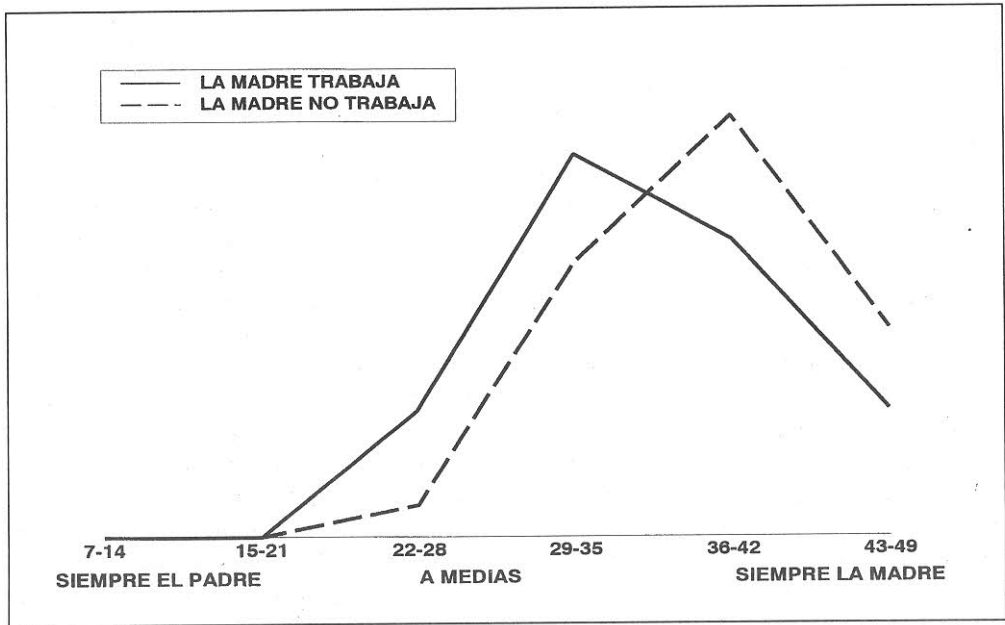


Figura 2. Diferencias en los niveles medios de participación paterna en función del estatus laboral de las madres.

haber calado profundamente en cuanto a ideología, no han llevado en paralelo modificaciones semejantes en el ámbito de los comportamientos específicos. En concreto, las tareas más cotidianas de cuidado físico, y especialmente aquellas que implican una mayor dedicación, siguen siendo desempeñadas por las madres en el seno de la mayoría de las familias.

No resulta fácil (ni adecuado) tratar de explicar lo anterior acudiendo a un único conjunto de factores causales. Sin duda, una de las conclusiones más diáfanas a las que ha llegado la psicología evolutiva a lo largo de las últimas décadas es la *complejidad* y la *multidimensionalidad* del comportamiento materno y paterno. Éste incluye aspectos bien diversos aunque interrelacionados, afecta a distintos índices tanto intra como extrafamiliares, al tiempo que se ve influido por múltiples factores pertenecientes a diferentes

planos. Así, tras la baja implicación paterna y la distribución desigual de tareas de crianza pueden identificarse variables personales, tanto del padre (expectativas y opiniones tradicionales al respecto, escasos o nulos conocimientos sobre estrategias de cuidado, etc.) como de la madre (rechazo a la participación de su pareja por una escasa confianza en sus capacidades o por razones de tipo educativo, por ejemplo), índices de constelación familiar (número de hijos/as, género del niño/a, etc.), y factores ligados a otros contextos extrafamiliares, como el laboral (interferencia derivada del excesivo número de horas de trabajo, del tipo de horario, del estrés provocado por las características específicas de la ocupación laboral, etc.), el relativo a la red social (escaso o nulo apoyo por parte de una red extrafamiliar compuesta por miembros tradicionales), o sociocultural (expectativas y esquemas comúnmente ad-

mitidos acerca del contenido adecuado de los roles materno y paterno). Los factores descritos pueden, en cada caso, estar presentes en mayor o menor medida e interactuar de una u otra forma entre sí, de suerte que, en definitiva, y como sostiene Lamb (Lamb *et al.*, 1987), el resultado de esta compleja interrelación es que, en muchos hogares, la implicación del padre acaba suponiendo más un coste que un beneficio, y las responsabilidades relativas al cuidado y la crianza son delegadas/asumidas por la madre.

No obstante, y en buena medida confirmando que el desempeño de la maternidad y la paternidad no son asuntos independientes de los cambios más genéricos a nivel socioeconómico y cultural, el acceso de la mujer al mercado laboral extradoméstico aparece en la investigación sobre el tema como un factor de más que notable importancia. Como afirma Alberdi (1995), se trata posiblemente del fenómeno social que más ha influido en la dinámica de composición y funcionamiento familiar, al implicar una nueva posición social para las mujeres, incidir en la negociación y distribución de roles y responsabilidades, y ser el foco desde el que parten nuevos modelos de organización familiar, que suponen en definitiva, en palabras de esta autora, la vanguardia y el motor de cambios más generalizados.

A pesar de lo anterior, parece que aún estamos lejos de contemplar como norma en nuestras familias estos nuevos modelos. Incluso cuando las madres ejercen, además de sus labores de amas de casa, un trabajo fuera del hogar, los datos reflejan que ello no determina, al menos en la mayoría de los casos, una distribución equitativa del cuidado infantil por término medio. De nuevo debemos volver a remitirnos a múltiples y variados factores para entender esta aparente controversia. Sin duda, las demandas

derivadas de la doble jornada de muchas madres pueden incidir en alguno de los factores descritos (motivar que muchos padres asuman un papel más activo en el cuidado cotidiano de sus hijos e hijas, aprendiendo y perfeccionando estrategias antes desconocidas, por ejemplo), pero no necesariamente en otros (rechazo de una red social extrafamiliar tradicional, o incompatibilidad laboral a nivel de horarios), e incluso puede influir en algunos aspectos en la dirección contraria (sentimientos de frustración y culpabilidad en mujeres socializadas de forma tradicional, que minen su deseo de compartir estas tareas con su pareja). Esta compleja dinámica de funcionamiento permite entender, a nuestro juicio, por qué los procesos psicológicos presentes en el hogar no responden de forma rápida ni automática a las influencias derivadas de cambios y avances socioculturales más genéricos, al tiempo que perfila el desarrollo psicológico en el contexto familiar como un ámbito de estudio complejo y difícil, pero a la vez apasionante y atractivo.

Pero si es complejo el análisis de las razones que pueden explicar la escasa implicación paterna en las tareas de crianza de los hijos e hijas en la mayoría de las familias, lo que sí parece claro y ha dejado patente la psicología evolutiva actual es la conveniencia, de cara a la promoción del desarrollo infantil, de que los progenitores varones participen y asuman un papel relevante en la crianza y la educación de niños y niñas. Durante la primera infancia, la presencia de ambos padres en las rutinas cotidianas permite al bebé crear sendos vínculos de apego con padre y madre, con los claros beneficios que ello supone (López, 1998; Oliva, 1995). Igualmente, en los años posteriores la presencia cercana de padre y madre permite a los hijos/as disponer de modelos distintos

que resultan importantes de cara tanto a la construcción de valores como para todo el desarrollo sociopersonal (Schaffer, 1996; Parke, 1995).

Pero los beneficios de una participación activa del padre en la crianza y la educación de sus hijos e hijas no se agotan en la promoción del desarrollo infantil. La investigación evolutiva constata igualmente cómo este estilo activo de ejercer la paternidad aparece asociado a índices igualmente positivos, más directamente relacionados con el desarrollo psicológico adulto. Así, por ejemplo, la implicación paterna tiende a atenuar el deterioro en la relación conyugal que acostumbra a tener lugar durante el proceso de transición a la paternidad y la maternidad, especialmente desde la óptica de las madres (Cowan, 1988; Hidalgo, 1994; Levy-Shiff, 1994, cit. en Schaffer, 1996), e igualmente se asocia a una elevada satisfacción en los varones con su rol como padres (Cowan y Cowan, 1992; McBride, 1990).

En resumen, entendemos que el fomento de la igualdad entre ambos géneros en el reparto de las complejas y variadas tareas que requiere la crianza infantil no sólo se apoya en argumentos de tipo ideológico. Consideramos que las reflexiones que aquí terminan justifican que, desde diversas instancias, resulte más que pertinente el diseño de medidas de distinto orden que potencien y faciliten que los padres no sean meros espectadores del crecimiento de sus hijos e hijas. Desde nuestro punto de vista, son dos las medidas que parecen más necesarias. Por un lado, programas de formación y educación de padres que aporten a los varones herramientas útiles de cara a su papel como progenitores, desde conocimientos generales acerca del desarrollo infantil hasta estrategias concretas de cuidado y crianza. Y por otra parte, y como ya hemos defendido

en otro lugar (Menéndez e Hidalgo, 1997), consideramos del todo necesario efectuar cambios a nivel de legislación laboral, que contribuyan a diluir las frecuentes incompatibilidades que existen entre trabajo y familia (permisos y bajas por razones familiares, flexibilización de horarios, etc.). Creemos que medidas como las descritas contribuirían no sólo a hacer más justa y equitativa la dinámica intrafamiliar, sino también a optimizar el desarrollo psicológico de todos sus miembros.

Referencias

- Alberdi, I. (1995). *Informe sobre la situación de la familia en España*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales.
- Barnett, R.C. y Baruch, G.K. (1987). Determinants of fathers' participation in family work. *Journal of Marriage and the Family*, 49, 29-40.
- Baruch, G.K. y Barnett, R.C. (1986). Father's participation in family work and children's sex role attitudes. *Child Development*, 57, 1210-1223.
- Bailey, W.T. (1995). A longitudinal study of fathers' involvement with young children: infancy to age 5 years. *The Journal of Genetic Psychology*, 155(3), 331-339.
- Bronstein, P. (1988). Marital and parenting roles in transition: an overview. En P. Bronstein y C.P. Cowan (Eds.), *Fatherhood today: Men's changing role in the family*. Nueva York: Wiley.
- Bustelo, C. (1992). El reparto de responsabilidades familiares y profesionales. *Infancia y Sociedad*, 16, 49-66.
- Cowan, C.P. y Cowan, P.A. (1992). *When partners become parents. The big life change for couples*. Nueva York: Basic Books.

- Cowan, P.A. (1988). Becoming a father: a time for change, an opportunity of development. En P. Bronstein y C.P. Cowan (Eds.), *Fatherhood today: men's changing role in the family*. Nueva York: Wiley.
- Crouter, A.C., Peery-Jenkins, N., Huston, T.L. y McHale, S.M. (1987). Processes underlying father involvement in dual-earner and single-earner families. *Developmental Psychology*, 23(3), 431-440.
- Darling-Fisher, C. y Tiedje, L.B. (1990). The impact of maternal employment characteristics on fathers' participation in child care. *Family Relations*, 39, 20-26.
- Durán, M.A. (1988). *De puertas adentro*. Madrid: Instituto de la Mujer.
- Hidalgo, M.V. (1994). *El proceso de convertirse en padre y madre. Un análisis ecológico desde la psicología evolutiva*. Universidad de Sevilla: Tesis Doctoral no publicada.
- Hidalgo, M.V. (1996). Mujeres y hombres ante la tarea de ser padres. Algunas de sus dificultades y necesidades de apoyo. *Apuntes de Psicología*, 48, 27-39.
- Iglesias de Ussel L, J. (1994). La familia. En M. Juárez (Dir.), *V Informe sociológico sobre la situación social en España*. Madrid: Fundación FOESSA.
- Instituto de la Mujer (1990). *Expectativas femeninas sobre redes de cuidado de los hijos*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales.
- Instituto de la Mujer (1991). *La mujer en cifras*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales.
- Ishii-Kuntz, M. y Coltrane, S. (1992). Predicting the sharing of household labor: are parenting and housework distinct? *Sociological Perspectives*, 35, 629-647.
- Jain, A., Belsky, J. y Crnic, K. (1996). Beyond fathering behavior: types of dads. *Journal of Family Psychology*, 10(4), 431-442.
- Lamb, M.E., Pleck, J.H., Charnov, E.L. y Levine, J.A. (1987). A biosocial perspective on parental behavior and involvement. En J.B. Lancaster, J. Altmann, A.S. Rossi y L.R. Sherrod (Eds.), *Parenting across the life span: biosocial dimensions*. Hawthorne, NY: Aldine De Gruyter.
- Lamb, M.E., Pleck, J.H. y Levine, J.A. (1987). Effects of increased paternal involvement on fathers and mothers. En Ch. Lewis y M. O'Brien (Eds.), *Reassessing fatherhood*. Londres: Sage.
- López, F. (1998). Evolución de los vínculos de apego en las relaciones familiares. En M.J. Rodrigo y J. Palacios (Coords.), *Familia y desarrollo humano*. Madrid: Alianza.
- McBride, B.A. (1990). The effects of a parent education/play group program on father involvement in child rearing. *Family Relations*, 39, 250-256.
- McBride, B.A. y Mills, G. (1993). A comparison of mother and father involvement with their preschool children. *Early Childhood Research Quarterly*, 8, 457-477.
- Menéndez, S. e Hidalgo, M.V. (1997). La participación del padre en el cuidado de sus hijos e hijas y la interferencia del trabajo. *Revista de Psicología de la Universitas Tarraconensis*, 19(2), 5-22.
- Menéndez, S. y Moreno, M.C. (1995). Tipos de implicación paterna en la crianza y la educación de los hijos: perfil socio-demográfico de una muestra andaluza. *II Congreso Internacional «Familia y Sociedad»*. Tenerife, 8-11 de diciembre.

- Nugent, J.K. (1991). Cultural and psychological influences on the father's role in infant development. *Journal of Marriage and the Family*, 53, 475-485.
- Oliva, A. (1995). Estado actual de la teoría del apego. *Apuntes de Psicología*, 45, 21-40.
- Parke, R.D. (1995). Fathers and families. En M.H. Bornstein (Ed.), *Handbook of parenting, Vol. 3. Status and social conditions of parenting*. New Jersey: Lawrence Erlbaum.
- Radin, N. (1994). Primary-caregiving fathers in intact families. En A.E. Gottfried y A.W. Gottfried (Eds.), *Redefining families: implications for children's development*. Nueva York: Plenum Press.
- Risman, B.J. (1986). Can men «mother»? Life as a single father. *Family Relations*, 35, 95-102.
- Russell, A. (1997). Individual and family factors contributing to mothers' and fathers' positive parenting. *International Journal of Behavioral Development*, 21(1), 111-132.
- Russell, G. y Russell, A. (1987). Mother-child and father-child relationships in middle childhood. *Child Development*, 58, 1573-1585.
- Rustia, J.G. y Abbott, D. (1993). Father involvement in infant care: two longitudinal studies. *International Journal of Nursey Studies*, 30(6), 467-476.
- Schaffer, H.R. (1996). *Social development*. Oxford: Blackwell.
- Volling, B.L. y Belsky, J. (1991). Multiple determinants of father involvement during infancy in dual-earner and single-earner families. *Journal of Marriage and the Family*, 53, 461-474.